

¿Qué estamos haciendo aquí?

Ni yo es uno de esos libros frente a los que uno se siente como hurgueteando en lo privado, en esas cosas que duelen y que son escritas casi para uno mismo, como un diario que termina convirtiéndose en obra. Bertoni se muestra sereno y empobrecido de palabras, pero a su vez más firme e intenso al enfrentar el desgaste de un yo que pelea por lograr el equilibrio.

PATRICIA ESPINOSA

Transcurridos cuarenta años de las ilustres visitas de Lawrence Ferlinghetti y el tremendo Allen Ginsberg al célebre Congreso de Escritores de 1957 en Concepción, la vigencia de lo beat en la poesía chilena se mantiene. Sus primeros cultores, allá en los sesenta, para algunos son considerados ya unos clásicos. Uno de estos es precisamente Claudio Bertoni alguna vez miembro de la emblemática Tribu No.

Bertoni, nacido en 1946, músico, fotógrafo y poeta, ha publicado **El cansador intrabajable** (1973), **El cansador intrabajable II Sentado en la cuneta** (1990) y ahora **Ni yo**. Un texto compaginado, al igual que en sus anteriores publicaciones, desde la contagiosa cotidianeidad de un habla que se precia de no hacer poesía. Una apuesta a transferir desde la inmediatez la tristeza y el dolor de un individuo solitario. Quizás lo que más agrade de la primera parte de este volumen, sea la sensación de que todo parece ocurrir en la sincronía de la escritura. Transmitir tal sensación redundante en el logro fundamental de un poetizar narrativizado, similar al de un monólogo interior cuyos primeros fragmentos emulan un diario. "Jueves 21/5/87", "Viernes 10/1/86" y "Sábado 28/2/87" son poemas donde el yo revela y habita el hastío desde una extrema conciencia de lo rutinario: "Es lamentable pasarse tanto tiempo nervioso... /sin mirar con un poco de calma y gorra la vida... ¿Y hasta cuánto durará!" o "Y me acosté... me cubrí... es de noche y me cocino un pan con queso. Afuera trueno. Salgo a regar. Había muchas nubes negras... volví a entrar." El sujeto lírico se desliza hacia las cosas no grandiosas,

'rebajándose' así hacia lo doméstico, recogiendo las nimiedades o pequeñeces diarias, aquello que pasa a cada rato sin requerir la visita de musas o rebuscadas construcciones. La riqueza del ser se vuelca en la ultravalorización del instante capturado por esta mirada que se da tiempo tanto para contemplar un día que "no es parecido a ningún otro día" como a las gaviotas "impecables como/ un pomponcito de niebla encendido desde adentro".

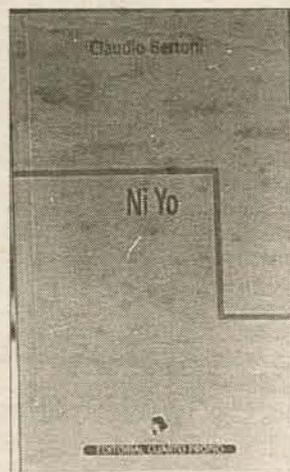
Duda y tensión

Retazos de budismo zen se explicitan en esta escritura. Sin embargo, más que pretender el dislocamiento intuitivo proponiendo tareas de lectura insalvables para no iniciados, su poesía busca la formalización del sentido por medio del relajamiento sintáctico. Hay una clara intención por comunicar y Bertoni opta por un decir casi oralizado, evitando usar esos manierismos de sabiduría y profundidad que se pueden captar al vuelo como un mero ornamento. De este modo, surge la claridad, la simpleza y el humor, llevando la poesía hacia la recuperación de una inseguridad básica frente a todo lo que se manifiesta: "¿Cómo sé yo que la nieve no es nieve? ¿Cómo sé yo si esa culebra no es una huincha de medir que se transformó en culebra?". Aliteraciones, juegos verbales y reiteraciones de comienzos de versos deslizan estos

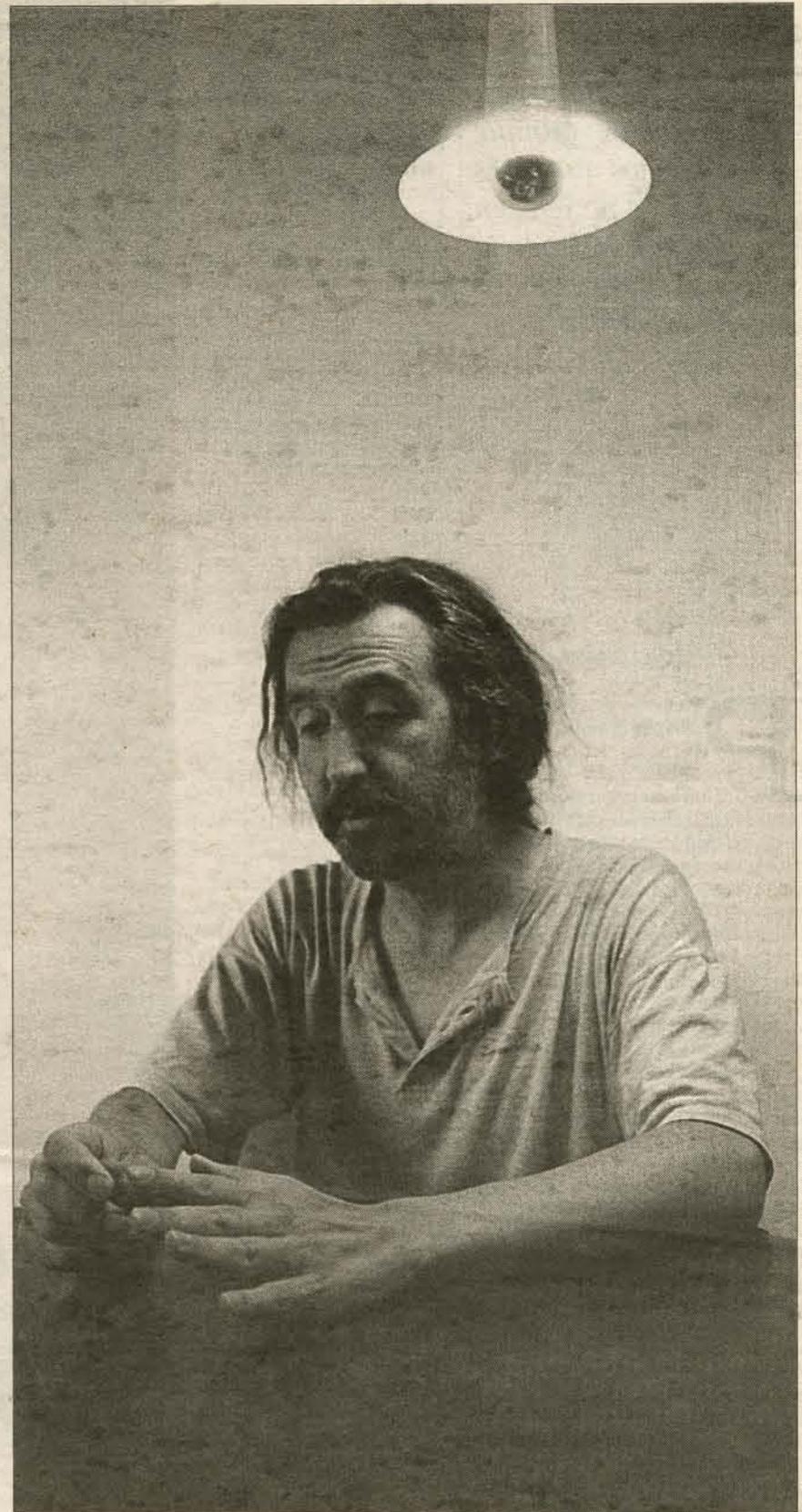
poemas hacia un tono de ansiedad, duda y tensión por captar hasta "el ruido de una vena".

Pero este yo no puede dejar de ponerse serio y quizás es necesario que su palabra sea dicha de tal modo, porque de lo que se trata es de la desintegración y, en última instancia, de la propia muerte: "estoy empezando a tener/ brazos de viejo, cuello de viejo/... y tetas de viejo/ y preocupaciones de viejo sobretodo". Su angustia a ratos resulta desagradable por demasiado creíble. Han ganado terreno los temores al cáncer o a dejarse arrastrar a un hospital, haciendo que uno llegue a compartir incluso su pequeño deseo de quedarse "mirando por la ventana". Una imagen sencilla y bonita, como si el poeta hubiese transmutado los dolores en mansedumbre y hasta quietud, logrando diluir así el horror o por lo menos aguantarlo.

En los segmentos que vienen, Bertoni abandona estos rumbos. Hay un desplazamiento formal y temático fuerte. En los seis poemas titulados "Nancy" recupera o recicla aquello marcado como inservible: mensajes diarios de un hablante difuso, madre o padre, a su empleada doméstica con recomendaciones en torno a los niños o minutas alimenticias. No se trata de elevar lo inútil a poesía, sino sólo realizar el gesto de presentarlo, con lo cual, como en una poética, Bertoni estaría afirmando la posibilidad de que



Ni yo. Claudio Bertoni. Editorial Cuarto Propio. Santiago 1996. 119 páginas.



caminaré" o "¡Ah!, cómo desearía/ vivir comiendo arena/ bajo el cielo azul/ y nada más!". Estamos frente a un yo retirado del mundo, pero que sin resentimiento y mucha melancolía señala: "No/ aspiro/ a nada:/ ¡ni al humo/ de un cigarrillo!". Enunciación que redita aquellos entrañables postulados de mendicidad y sabiduría beat. Una suerte de grata debilidad humana o tal vez humildad, incluso para asumir la existencia de Dios: "Ayúdame/ tú no existes/ Así es que ayúdame más" o "Solo como estoy sólo Dios puede venir".

Diálogos

En los dos últimos capítulos de este volumen, Bertoni dialoga con textos de otros autores a los que presenta y luego interviene con una pequeña frase o comentario. Algunos son sencillamente fomes, destacándose eso sí los dedicados a Ciorán. En el capítulo final, cita a Enrique

Lihn quien dice: "No sé qué mierda/ estoy haciendo aquí" ante lo cual, Bertoni agrega: "Ni yo".

Ni yo es uno de esos libros frente a los que uno se siente como hurgueteando en lo privado, en esas cosas que duelen y que son escritas casi para uno mismo, como un diario que termina convirtiéndose en obra. Bertoni ya no es el de sus otros textos: ni desfachatado o impúdico, ni feliz o gozador, ni siquiera el eterno enamorado o el obseso y crítico paseante urbano, que se desplazaba por sujetos y objetos denunciándolos en su reproducción casi fotográfica de tics. Su escritura de antes, parecía querer que todo fuera posible. Hoy, se muestra más sereno y empobrecido de palabras, pero a su vez más firme e intenso al enfrentar el desgaste de un yo que pelea por lograr el equilibrio, en la inmensidad de su pequeño y farragoso mundo privado, el cual se permite ahora mostrarnos.